**EL RESPETO A LA VIDA: CAMINO PARA LA PAZ**

Congreso Internacional Joseph Ratzinger - UPB

Medellín 23 de octubre de 2014

Los saludo muy cordialmente a todos Ustedes, amigas y amigos, congregados en este Congreso Internacional, convocado por la Fundación Vaticana Joseph Ratzinger-Benedicto XVI, por la Universidad Pontificia Bolivariana y por la Arquidiócesis de Medellín. Es un honor para mí acogerlos, con un sincero agradecimiento, a todos, organizadores, conferencistas y participantes. La competencia de los conferencistas, la visión y articulación de los temas que serán estudiados y el entusiasmo de todos los aquí presentes son la más válida garantía de la fecundidad científica, teológica y pastoral de este simposio.

Saludo, de un modo particular, a SER Mons. Jean Louis Bruguès, Bibliotecario de la Iglesia Romana; a SER Mons. Ettore Balestrero, Nuncio Apostólico en Colombia; a Mons. Giuseppe Antonio Scotti, Presidente de la Fundación Joseph Ratzinger; al P. Julio Jairo Ceballos, Rector de la Universidad Pontificia Bolivariana; al Señor Expresidente Belisario Betancur, a los Señores Obispos y demás ilustres participantes. Agradezco a todos los que con inteligencia y gran corazón han venido trabajando desde hace días, en la preparación de este importante evento, que se inscribe en el servicio de la Iglesia a la humanidad.

Me alegra que la Fundación Joseph Ratzinger y la Universidad Pontificia Bolivariana hayan querido unir fuerzas para afrontar, a nivel académico, el tema: *“El respeto a la vida un camino para la paz”.* Un tema que ofrece la posibilidad de una aproximación al pensamiento vigoroso y a la obra encomiable del Papa emérito Benedicto XVI, que tiene enorme actualidad en la situación del mundo de hoy y particularmente de Colombia y que permite a cada uno de nosotros reencontrarse con su propia dignidad y con su quehacer en la sociedad.

Este tema ha sido afrontado, en diversas circunstancias, por el Magisterio Pontificio reciente. Concretamente, fue elegido por el Beato Pablo VI en 1977 para la Jornada Mundial de la Paz: *“Si quieres la paz, defiende de la vida”*. Y el Papa Benedicto XVI lo trató, también, en la Jornada Mundial de la paz de 2007, cuando señalo que *“La persona humana es el corazón de la Paz”,* y en la Jornada de la Paz de 2013 con el título: “*Bienaventurados los que trabajan por la paz”*.

En aquella ocasión, Pablo VI escribía: *“Paz y Vida: son bienes supremos en el orden civil; y son bienes correlativos. ¿Queremos la paz? ¡Defendamos la vida!”.* Luego añadía: *“Este binomio «Paz y Vida» puede parecer casi una tautología, un slogan retórico: pero no lo es. Representa una conquista por la que se ha combatido sin cesar a lo largo del camino del progreso humano; un camino que no ha llegado todavía a su meta final. ¡Cuántas veces, en la dramática historia de la humanidad, el binomio «Paz y Vida» encierra no un abrazo fraterno, sino una lucha feroz de los dos términos! La Paz se busca y se conquista con la muerte y no con la Vida; y la Vida se afirma no con la Paz, sino con la lucha, como un triste destino necesario para la propia defensa”[[1]](#footnote-2).*

El Papa Benedicto XVI, por su parte, señalaba: *“La paz se basa en el respeto de todos. Consciente de ello, la Iglesia se hace pregonera de los derechos fundamentales de cada persona. En particular, reivindica el respeto de la vida y la libertad religiosa de todos. El respeto del derecho a la vida en todas sus fases establece un punto firme de importancia decisiva: la vida es un don que el sujeto no tiene a su entera disposición”*[[2]](#footnote-3). En el mensaje de 2007 indicaba: *“El camino para la realización del bien común y de la paz, pasa ante todo por el respeto de la vida humana, considerada en sus múltiples aspectos, desde su concepción, en su desarrollo y hasta su fin natural… La vida en plenitud es el culmen de la paz. Quien quiere la paz no puede tolerar atentados y delitos contra la vida”[[3]](#footnote-4).*

Ya que ésta es la ponencia introductoria, hagamos un itinerario sencillo, pedagógico y ceñido estrictamente a nuestro tema, que abra los horizontes de las materias que vamos a tratar en el Congreso. En primer lugar, miremos la vida. Luego, preguntémonos qué es la paz. Después, pensemos en lo que significa respetar la vida. Finalmente, veamos cómo se hace el camino desde el respeto a la vida hasta llegar a la paz.

1. **¿Cómo mirar la vida?**

Partamos de una pregunta que ha sido formulada desde siempre y que nunca ha obtenido una respuesta definitiva: ¿Qué es la vida? Sintetizando y simplificando, los que a lo largo del tiempo han estudiado este tema han sido clasificados como vitalistas o mecanicistas. Los primeros han considerado la vida como un fenómeno absolutamente singular, originario, irreductible a la materia. Han visto su origen en el Uno, en el Nous, en el Logos, en Dios. Ven un principio vital que es causa de todo, un “impetum faciens”, el “to enormòn” del que ya hablaba Hipócrates. Los mecanicistas han visto la vida como un fenómeno derivado, que encuentra en la materia todas las razones suficientes de su ser, aplicando a la biología modelos sacados de la ciencia en general. Pero, de una forma o de otra, la discusión no ha podido concluir que un organismo vivo se pueda equiparar totalmente a una máquina[[4]](#footnote-5).

La vida sigue siendo, aun con todo el desarrollo de la ciencia y la tecnología, un misterio y un milagro. Incluso considerando la forma de vida más simple, la de una célula aislada, se ve inmediatamente que nos encontramos ante una estructura que supera la organización industrial más compleja del mundo. Una sola célula se comporta como si en su centro existiese una especie de “mente” directiva capaz de organizar según un orden lógico y programado miles y miles de reacciones químicas y físicas, algunas de las cuales todavía no se han podido reproducir en ningún laboratorio. ¿Qué dirige todo esto? ¿Qué establece el orden y el momento de cada reacción, orientándolo todo a la supervivencia, al desarrollo y, particularmente, a la reproducción y a su inserción en sistemas más complejos?[[5]](#footnote-6)

La vida es capacidad de crecer, de reorganizarse según su propia estructura, de responder a estímulos externos, de reproducirse; en una palabra, es capacidad de movimiento, de cambio, de proceso, de actividad continua, de devenir siempre, de lanzarse más lejos. Es un movimiento que viene desde adentro; por eso, en realidad no es posible una comparación exacta con la máquina. Entre los seres vivos, el ser humano es el viviente por antonomasia. Es el ser más lleno de vida. Si queremos comprender al hombre, a través de la ventana de la vida, es preciso analizar la vida humana como tal. La vida del hombre se distancia de la de otros seres vivos. Es una vida consciente de sí misma, caracterizada por niveles espirituales, capaz de construir dimensiones sociales. El ser humano se pone el problema de la vida, desea mejorar su forma de vida, tiende a trascender los límites del tiempo y del espacio en los cuales está situada la vida. De alguna manera es dueño de su vida, puede en cierta forma controlarla, dirigirla, perfeccionarla.

La vida humana se caracteriza por una riqueza y variedad estupendas, mientras los animales comen, duermen, interactúan y viven siempre de la misma manera. Más que una realidad hecha, la vida es para el hombre una posibilidad para explorar, descubrir y realizar. Es una vida orientada hacia lo verdadero, lo bueno, lo bello y lo eterno. De aquí se deriva el gran problema de la antropología: ¿cómo entender este ser que aspira a lo absoluto pero es incapaz de absolutizarse, este espíritu encarnado tenso hacia lo infinito que no logra alcanzar la infinitud, esta fuente inagotable de posibilidades que no logra nunca todo lo que puede dar, este ser llamado al amor que a veces se cierra dramáticamente en sí mismo? ¿Cómo dirigir este ser misterioso que se auto trasciende en lo que piensa, proyecta, expone, desea, produce sin alcanzar nunca las metas de verdad, de libertad y de felicidad a las que aspira? Cómo entender la grieta profunda entre pensamiento y verdad, entre bienestar y felicidad, entre derecho y justicia, entre afirmación de sí mismo y amor? ¿Por qué está dividido entre dos mundos? Al fin, ¿la persona humana es una posibilidad posible o es una utopía?

Esta experiencia profunda lleva, en la conciencia común, a ver la vida como un **misterio** que nos supera, como un **don** que recibimos gratuitamente, como una **tarea** que se hermana con la misma existencia. De esta manera, surge la conciencia de la dignidad de la persona humana como un valor transcendente, reconocido siempre como tal por cuantos buscan sinceramente la verdad. La historia entera de la humanidad se puede interpretar a la luz de esta convicción. Convicción que suscita una orientación hacia ese ser a quien se piensa origen de la vida y que pone en relación constante con los que tienen la misma dignidad.

Esta convicción se ilumina y se acrecienta en quienes por la fe cristiana aceptamos que toda persona ha sido creada a imagen y semejanza de Dios. Un título definitivo para que cada ser humano reconozca su dignidad; sepa que no es algo, sino alguien; vea que es capaz de conocerse, de poseerse, de entregarse libremente en el amor a otras personas; viva la llamada a una alianza con su Creador, ofreciéndole la respuesta de la fe que nadie más puede dar en su lugar[[6]](#footnote-7).

La vida aparece, entonces, como el primer don de Dios. No es una mercancía que se puede valorar, organizar, mercadear y manipular a gusto personal. Todo hombre abierto con sinceridad a la verdad y al bien, llega a descubrir, en la ley inscrita en su corazón, la sacralidad de la vida humana y ve la necesidad de afirmar el derecho primario de que en cada ser humano se respete la vida. El derecho a la vida se funda, entonces, en el orden natural. No es el resultado de ningún ordenamiento político. La misión de todo gobierno, por su misma naturaleza, consiste en defender este derecho. Todo el mundo tiene derecho a vivir y a vivir con plena dignidad. Si en la realidad no se respeta suficientemente este derecho la convivencia humana corre serio peligro, todo acuerdo pierde valor y queda atropellada la misma existencia del individuo. En el reconocimiento de este derecho se fundamenta la convivencia humana y la misma comunidad política. Por tanto, no hay una auténtica democracia ni es posible la paz sin un respeto pleno a la vida.

Esto muestra la importancia de profesar el valor de la vida en absoluto y tener una legítima concepción de la persona humana. En el Mensaje para la Jornada de la Paz de 2007, escribía el Papa Benedicto XVI: *“Es preciso dejarse guiar por una visión de la persona no viciada por prejuicios ideológicos y culturales, o intereses políticos y económicos, que inciten al odio y a la violencia. Es comprensible que la visión del hombre varíe en las diversas culturas. Lo que no es admisible es que se promuevan concepciones antropológicas que conlleven el germen de la contraposición y la violencia”*[[7]](#footnote-8). Luego añadía*: “Pero hoy la paz peligra no sólo por el conflicto entre las concepciones restrictivas del hombre, o sea, entre las ideologías. Peligra también por la indiferencia ante lo que constituye la verdadera naturaleza del hombre. En efecto, son muchos en nuestros tiempos los que niegan la existencia de una naturaleza humana específica, haciendo así posible las más extravagantes interpretaciones de las dimensiones constitutivas esenciales del ser humano. También en esto se necesita claridad: una consideración “débil” de la persona, que dé pie a cualquier concepción, incluso excéntrica, sólo en apariencia favorece la paz. En realidad, impide el diálogo auténtico y abre las puertas a la intervención de imposiciones autoritarias, terminando así por dejar indefensa a la persona misma y, en consecuencia, presa fácil de la opresión y la violencia”*[[8]](#footnote-9).

**2. ¿Qué es la paz?**

La paz es el gran deseo de la humanidad, es el anhelo de todo corazón humano, tanto por lo que se refiere a la exclusión de la violencia como a los medios para superar las diferencias y lograr la justicia que supere las desigualdades y conflictos sociales. En el Mensaje para la Jornada de la Paz del año pasado afirmaba el Papa Benedicto XVI: *“El deseo de paz es una aspiración esencial de cada hombre, y coincide en cierto modo con el deseo de una vida humana plena, feliz y lograda. En otras palabras, el deseo de paz se corresponde con un principio moral fundamental, a saber, con el derecho y el deber a un desarrollo integral, social, comunitario, que forma parte del diseño de Dios sobre el hombre. El hombre está hecho para la paz, que es un don de Dios”*[[9]](#footnote-10).

Más adelante, decía: *“La paz concierne a la persona humana en su integridad e implica la participación de todo el hombre. Se trata de paz con Dios viviendo según su voluntad. Paz interior con uno mismo, y paz exterior con el prójimo y con toda la creación”*. Y a continuación, yendo hasta el fondo, indicaba: *“Si bien es verdad que la paz entre los individuos y los pueblos, la capacidad de vivir unos con otros, estableciendo relaciones de justicia y solidaridad, supone un compromiso permanente, también es verdad, y lo es más aún, que la paz es un don de Dios. En efecto, la paz es una característica del obrar divino, que se manifiesta tanto en la creación de un universo ordenado y armonioso como en la redención de la humanidad, que necesita ser rescatada del desorden del pecado”*[[10]](#footnote-11).

Si entramos en la profundidad de estos textos, nos damos cuenta que el concepto de paz no admite simplismos. La paz, incluso, no se busca en sí misma; ella, en último término es la consecuencia de una vida plena y feliz. El Beato Pablo VI lo explicaba con precisión: *“La Paz no es un hecho autógeno, aunque hacia él tienden los impulsos profundos de la naturaleza humana; la Paz es el orden; y al orden aspiran todas las cosas, todos los hechos, como a un destino preconstituido, como a una razón de ser preconcebida, pero que se realiza en concomitancia y en colaboración con multitud de factores. Por eso la Paz es un vértice que supone una interior y compleja estructura de soporte; es como un cuerpo flexible que debe ser sostenido por un esqueleto robusto. Es una construcción que debe su estabilidad y su excelencia al esfuerzo sostenedor de causas y condiciones, que a veces le faltan, y aun cuando las tiene no siempre cumplen la función que les ha sido asignada para que la pirámide de la Paz sea estable, tanto en su base como en su cúspide”*[[11]](#footnote-12).

En palabras más sencillas, esto significa que la paz no puede reducirse a la mera superación de un conflicto armado. La verdadera paz, la paz para todos, la que da vida en plenitud, la que es realización de nuestra profunda armonía con nosotros mismos, con los otros, con el mundo y con Dios, no existe mientras haya egoísmo, mentira, corrupción, injusticia, odio, pobreza, envidia, traición, intereses individualistas. Si la paz que buscamos no incluye un cambio profundo de la mente y del corazón de todos, realmente estamos pensando en una paz de muy limitado alcance, de muy corta duración, en definitiva, en una paz ilusoria.

En Colombia estamos sufriendo las tristes consecuencias que se derivan de visiones erróneas o incompletas de la paz, de utilización del tema de la paz para proyectos personales, de falta de un plan integral y permanente del Estado para conseguir la paz, de búsquedas de la paz con medidas parciales o insuficientes, de falta de compromiso de todo el pueblo con la causa de la paz, de promesas de paz sobre propuestas inadecuadas o intermitentes, de falta de sabiduría para integrar el proceso de paz en el proceso histórico de la nación y dentro de una geopolítica internacional.

Todo el mundo quiere la paz, pero quien conoce y valora la verdadera paz rechaza ciertas formas de pacifismo que no van más allá de un aparente mantenimiento de la tranquilidad. No podemos aceptar una supuesta paz a cualquier precio, no podemos contentarnos con una paz superficial que se limite a garantizar la participación democrática y la libertad, bienes preciosos sin duda, pero que no se conecta con el mundo de los valores, del comportamiento moral, del sentido de la vida, del proyecto común de un pueblo. Hay muchas trampas en una paz ambigua, construida con minimalismos o relativismos. Nada más peligroso que una paz mal planteada, porque, como lo hemos experimentado, lleva sólo a una evolución y a una mayor complejidad de la violencia, a que aprendamos a convivir con la violencia y aun hasta llegar a hacer negocio con la violencia.

Para llegar a la paz se necesita algo más que tácticas militares, que servicios de seguridad, que convenios y tratados entre grupos, que políticas de distención logradas con diversos artificios. Todos estos son medios importantes y necesarios, que sirven en la medida en que se integran en un gran plan a largo plazo en el que con el compromiso de todos se asume la tarea de reconstruir el tejido social, se adopta un comportamiento ético, se crea un proyecto de desarrollo integral y equitativo para todos y se abre la vida a lo trascendente. Es un plan que parte de un gran ideal común, que establece un pacto social, que pone en marcha una adecuada estrategia política, que impulsa un proyecto educativo y espiritual para todos.

Aunque algunos no lo comprendan o no lo acepten, necesitamos la paz de Dios que llega cuando hay personas dispuestas a renunciar al mal y a entrar por los caminos del bien. La paz no llega a una sociedad si antes no se han pacificado los corazones librándolos del pecado y de sus consecuencias sociales. Sólo cuando se logra esta transformación interior de cada persona, se engendrarán, con la fuerza misma de la vida, nuevas formas de relaciones sociales y se abrirá la sociedad a la civilización de la paz.

**3. ¿En qué consiste el respeto a la vida?**

Comencemos por decir que la Iglesia siempre se ha puesto a favor de la causa de la vida y ha denunciado valientemente los irrespetos que contra ella se comenten. Pablo VI, Juan Pablo II y actualmente el Papa Francisco han denunciado los olvidos sobre la dignidad de la persona, las ideologías y mitos de superioridad racial, los nacionalismos y particularismos étnicos, el consumismo materialista que exalta la satisfacción egocéntrica, los atentados contra la vida naciente, las formas de delincuencia colectiva, el terrorismo como afirmación política, la tortura y la represión policial, las guerras, las injusticias sociales, los programas de armamentismo, el comercio de armas.

El Papa Benedicto XVI, en el Mensaje para la Jornada de la Paz de 2007, escribía: *“Por lo que se refiere al derecho a la vida, es preciso denunciar el estrago que se hace de ella en nuestra sociedad: además de las víctimas de los conflictos armados, del terrorismo y de diversas formas de violencia, hay muertes silenciosas provocadas por el hambre, el aborto, la experimentación sobre los embriones y la eutanasia. ¿Cómo no ver en todo esto un atentado a la paz?”[[12]](#footnote-13).* Así mismo, advertía que *“la insuficiente consideración de la condición femenina provoca también factores de inestabilidad en el orden social. Pienso en la explotación de mujeres tratadas como objetos y en tantas formas de falta de respeto a su dignidad; pienso igualmente —en un contexto diverso— en las concepciones antropológicas persistentes en algunas culturas, que todavía asignan a la mujer un papel de gran sumisión al arbitrio del hombre, con consecuencias ofensivas a su dignidad de persona y al ejercicio de las libertades fundamentales mismas. No se puede caer en la ilusión de que la paz está asegurada mientras no se superen también estas formas de discriminación”*[[13]](#footnote-14).

En la encíclica *Caritas in Veritate* igualmente, señalaba que en los países económicamente más desarrollados, las legislaciones contrarias a la vida están muy extendidas y han condicionado ya las costumbres y la praxis, que muchas veces se transmiten como si fuera un progreso cultural. Cuando una sociedad se encamina hacia la negación y la supresión de la vida, acaba por no encontrar la motivación y la energía necesaria para esforzarse en el servicio del verdadero bien del hombre. Si se pierde la sensibilidad personal y social para acoger una nueva vida, también se marchitan otras formas de acogida provechosas para la vida social[[14]](#footnote-15).

Admira que en un tiempo en el que la ciencia ha logrado una mayor capacidad de velar por la vida y en el que la tecnología ofrece tantas posibilidades para una vida digna para todos, la ciencia y la técnica sean también cómplices de su destrucción. Realmente, como decía Einstein, estamos en un tiempo de medios precisos y fines confusos. También en nuestro país hemos vivido estos atropellos a la vida. Tal vez lo más grave es que los movimientos guerrilleros y el narcotráfico han propuesto en la práctica un sistema de valores en el que, para conseguir dinero, poder o lo que se desee, es posible abusar de otro y aun asesinarlo. Hay un gran peligro en legitimar casi inconscientemente ese comportamiento que genera una “cultura de muerte”, que va manteniendo a lo largo de los años un clima de zozobra, de amenaza, de temor y de inestabilidad social.

Respetar la vida no es solamente evitar que se presenten asesinatos. “No matar” es el mandamiento divino que señala el límite extremo, que nunca es lícito traspasar. Pero mientras haya inequidad, violencia, venganzas, maledicencia, discriminación étnica y social, pobreza, hambre, falta de oportunidades para la educación, deficiencias en la seguridad social y sanitaria, no se puede decir que se respeta la vida. Defender y promover, respetar y amar la vida es una tarea que, ante todo, Dios confía a cada persona, llamándola a participar de la soberanía que él tiene sobre el mundo. Respetar la vida es realizar el verdadero desarrollo de la persona en cuanto humana. La vida es un don que se vuelve tarea de conquistar la libertad y la felicidad, para no dilapidarla en la trivialidad.

El respeto a la vida es un acto múltiple que implica admirarse ante ella, aceptarla, amarla, protegerla, servirla, llevarla a su mejor realización. La conciencia y respeto del carácter sagrado de la vida es una garantía de la estabilidad de la comunidad humana. Ninguna sociedad puede sobrevivir si no es protegida toda vida humana. La vida se debe acoger y respetar siguiendo las orientaciones éticas fundamentales que la humanidad ha reconocido y promovido. Quien se deja contagiar por el secularismo o el relativismo entra en el torbellino de un terrible círculo vicioso: perdiendo el sentido de Dios, se tiende a perder también el sentido del hombre, el carácter trascendente de su existir y la razón de su dignidad[[15]](#footnote-16).

Según el Magisterio de la Iglesia, el respeto a la vida se fundamenta en los siguientes principios: 1) La dignidad de la persona humana, autor, centro y fin de toda la vida económica y social[[16]](#footnote-17); 2) La igualdad fundamental entre los seres humanos[[17]](#footnote-18); 3) La sociabilidad esencial de la persona humana que vincula el bien de cada uno con el bien de todos[[18]](#footnote-19); 4) El fundamento del bien común que consiste principalmente en la defensa de los derechos y deberes de la persona humana[[19]](#footnote-20); 5) La solidaridad, virtud moral que nos hace responsable de los otros[[20]](#footnote-21) .

Estos principios, como indica Benedicto XVI, no son verdades de fe. Están inscritos en la misma naturaleza humana, se pueden conocer por la razón, y por tanto son comunes a toda la humanidad. La acción de la Iglesia al promoverlos no tiene un carácter confesional, sino que se dirige a todas las personas de buena voluntad. Negar estos principios es una ofensa a la verdad de la persona humana, una herida grave infringida a la justicia y a la paz[[21]](#footnote-22). Pablo VI escribió: “*Si queremos que el orden social creciente se asiente sobre principios intocables, no lo ofendamos en el corazón de su esencial sistema: el respeto a la vida humana. Paz y vida son solidarias en la base del orden y de la civilización”*[[22]](#footnote-23).

 **4. ¿Cómo se hace el camino desde el respeto a la vida hasta la paz?**

No es fácil, ni simple, ni corto el camino que lleva a la paz. Requiere una transformación de las personas y de toda la sociedad; exige mantener unos ideales, unos pactos y unos proyectos comunes, que es necesario estar reavivando permanentemente en un pueblo. Por tanto, para llegar a la paz a partir del respeto a la vida se requiere una educación para la paz, una cultura de paz y una espiritualidad que ilumine y fortaleza la voluntad de paz.

La **educación** es una aventura fascinante y difícil en la vida. Educar es sacar una persona de sí misma para ponerla en un proceso de crecimiento. La educación verdadera es la formación del hombre en cuanto hombre, para que asuma, dirija y ejerza su libertad. Sin embargo, con frecuencia, la educación se reduce a un modelo intelectualista y utilitario que, aunque tiene su valor, deja a la persona como si fuera sólo un mero espectador del acontecer humano y social, así se pase por situaciones de crisis y se vean futuros amenazantes. La situación de violencia de una sociedad revela un gran vacío educativo y un olvido de la misión educadora como formadora del ser humano, del hombre total no como sujeto de conocimiento sino como protagonista del proceso social e histórico. Hay que devolverle a la ética el lugar central que le corresponde en la educación; transformar la educación en un proyecto de naturaleza ética para que la persona aprenda a vivir según la razón, para que se comprometa con la construcción política y social, para que aporte creativamente en una serena convivencia con los demás.

Sin una educación para la paz no se aprende que cada persona tiene una dignidad inalienable y, por tanto, no se puede disponer libremente de ella, ni se pueden violar sus derechos; que se debe promover la vida humana en todas sus dimensiones: personal, comunitaria y transcendente; que es preciso cuidar especialmente a los que son menos afortunados o más débiles; que urge llenar el corazón de paz, hablar con un lenguaje de paz y hacer gestos de paz; que cada día se debe modelar el espíritu para la compasión, la solidaridad y la fraternidad.

La educación para la paz madura, ante todo, en la familia, puesto que los padres son los primeros maestros y en esa célula originaria de la sociedad es donde primero se aprende una convivencia constructiva y pacífica. Allí se aprende la solidaridad entre las generaciones, la acogida del otro, el perdón y el servicio; la familia es la primera escuela que educa para la justicia y la paz, para cooperar en el desarrollo y en la solución de conflictos. Por tanto, cuando una sociedad no cuida la familia está haciendo peligrar las bases más sólidas de la paz[[23]](#footnote-24).

Así mismo, se requiere impulsar una **cultura de paz**. La cultura es la forma de vida de un pueblo. No habrá paz sin un esfuerzo ético común para construir juntos una nueva cultura de la vida, que logre afrontar y resolver los desafíos de hoy, que sea capaz de transformar desde dentro la humanidad. Esto implica una formación de la conciencia moral sobre el valor inviolable de toda vida humana, un aprendizaje para vivir el nexo inseparable entre vida y libertad. No hay libertad verdadera donde no se acoge y ama la vida y no hay vida plena sino en la libertad. Ambas realidades tienen una vinculación indisoluble en la vocación al amor. Igualmente es necesario descubrir el vínculo constitutivo entre libertad y verdad. No se puede llegar a una cultura de la vida si no se ayuda a los jóvenes a comprender y vivir la verdad y el amor en su íntima correlación[[24]](#footnote-25)

La paz solo es posible donde hay un orden justo que garantice los derechos de todos y de cada uno. Sin justicia que reconozca la dignidad y promueva la equidad de todos los hombres y mujeres de una sociedad, un pacto de paz puede ser un remiendo nuevo en un vestido viejo y, como dice el Evangelio, lo nuevo tira de los viejo y el hueco es peor. Son laudables todos los esfuerzos para conseguir la paz, pero hay que ser realistas para no esperar y prometer más de lo que, con lo que se realiza, se puede lograr. La paz no será un objetivo alcanzado mientras la seguridad impuesta por las armas no sea remplazada gradualmente por la seguridad basada en el orden jurídico, social y económico y, luego, éste se supere y trascienda en la solidaridad y el amor al que están llamados todos los hermanos de una nación. Los programas humanos son transitorios y si no se apunta a lo esencial, se caminará de una forma de violencia a otra y de una ilusión de paz a otra, como nos ha pasado a lo largo de cinco décadas en Colombia. El desarme no es un fin en sí mismo; el fin es la paz, para la cual la seguridad es uno de los factores esenciales cuando se integra en la construcción de una cultura de paz.

Una auténtica cultura de la vida, al mismo tiempo que garantiza el derecho a venir al mundo a quien aún no ha nacido, protege también a los más débiles de la comunidad. Se requiere una investigación científica acompañada en cada fase por una atenta reflexión ética, que inspire adecuadas normas jurídicas para salvaguardar la integridad de la vida humana. Jamás la vida puede ser degradada a objeto. Optar por la vida comporta el rechazo de toda forma de violencia. La violencia de la pobreza y del hambre, que aflige a tantos seres humanos; la de los conflictos armados; la de la difusión criminal de las drogas y el tráfico de armas; la de la deshonestidad y corrupción administrativa; la de los daños insensatos al ambiente natural.

Las instituciones escolares, universitarias y de servicio social desempeñan una misión especial en la construcción de una cultura de paz. Ellas tienen una contribución no sólo en la creación de un ambiente de apertura al otro y a lo transcendente, de diálogo y de escucha que ayude a respetar y a apreciar a los demás, sino en la formación de nuevas generaciones de líderes, en la renovación de las instituciones públicas, en la reflexión científica que asiente las actividades económicas y financieras en un sólido fundamento antropológico y ético. El mundo actual, particularmente el político, necesita del soporte de un pensamiento nuevo, de una nueva síntesis cultural, para armonizar las múltiples tendencias políticas con vistas al bien común. Así mismo, los medios de comunicación tienen un papel particular, porque no sólo informan, sino que también forman el espíritu y, por tanto, pueden ofrecer una notable contribución a la cultura de la paz. También la familia es un sujeto social indispensable en la realización de una cultura de la paz, como célula base de la sociedad desde el punto de vista demográfico, ético, pedagógico, económico y político[[25]](#footnote-26).

Finalmente, aparece la necesidad de proponer una **espiritualidad para la paz**. Ésta pide una rica vida interior, claros y válidos referentes morales, actitudes y estilos de vida apropiados. Es necesario enseñar a los hombres a amarse y a vivir con benevolencia, más que con simple tolerancia. Es fundamental que se cree el convencimiento de que hay que decir no a la venganza, hay que reconocer las propias culpas y perdonar las de otros para avanzar juntos hacia la reconciliación. Llegar a perdonar y a vencer el mal con el bien es un trabajo que supone una evolución espiritual, una formación para los más altos valores, un salir de una existencia atrofiada vivida en la indiferencia, una visión nueva de la historia humana[[26]](#footnote-27).

La referencia a Dios da al hombre el ideal y las energías necesarias para superar las situaciones de injusticia, para liberarse de las ideologías de dominación y de odio, para emprender un camino de solidaridad, valentía, perseverancia y verdadera fraternidad universal. En estos momentos en que la visión de la vida está impregnada de secularismo y hay pérdida de esperanza, es necesaria la fe para descubrir ese sistema de eficiencias que intervienen en el conjunto de las vicisitudes humanas, en las que se injerta la obra transcendente de Dios y que las habilita para efectos superiores, imposibles humanamente hablando. Siempre hace falta la ayuda del “Dios de la paz”[[27]](#footnote-28). Podemos dar las vueltas que queramos, pero si no se llega al perdón y al amor no ha paz. La paz misma es un acto específico de amor, porque la paz no es ausencia de violencia sino pura creación del ser humano. Por tanto, sin Dios ese amor que aquí es necesario no es auténtico o no perdura.

En estos campos de la educación, la cultura y la espiritualidad para la paz la Iglesia Católica, con todas sus instituciones e iniciativas, se siente partícipe de una gran responsabilidad, que hoy trata de afrontar desde la nueva evangelización. Es decir, llevando las personas a un nuevo nacimiento moral y espiritual en Cristo que les permita vivir la comunión con todos y el compromiso con un proyecto de justicia y reconciliación. Él, Cristo, antes que nosotros, ha hecho el camino que va del respeto a la vida hasta la paz. Él honró su vida, la valoró y la amó hasta entregarla. A mí, decía él, nadie me quita la vida, la vida yo la doy. Cuando entregó la vida reconstruyó en la humanidad la vida destruida por el egoísmo y la soberbia del primer Adán. Su amor, hasta el extremo de dar la vida, fue el camino para una nueva vida en la que es posible la paz. Por eso, resucitado, saludó a sus discípulos diciéndoles: “La paz con Ustedes”. Y les aseguró que esa no es la paz que da el mundo, sino la paz que Dios produce en la humanidad cuando cada persona llega a ser capaz de entregar, como él, la vida en el amor.

Ricardo Tobon Restrepo

Arzobispo de Medellín

1. Pablo VI, Mensaje para la X Jornada de la Paz, 1977, 9 [↑](#footnote-ref-2)
2. BENEDICTO XVI, Mensaje para la XL Jornada de la Paz, 2007, 4 [↑](#footnote-ref-3)
3. BENEDICTO XVI, Mensaje para la XLVI Jornada de la Paz, 2013, 4 [↑](#footnote-ref-4)
4. VERNEAUX R., Filosofía del Hombre, Herder, 20 ss. [↑](#footnote-ref-5)
5. TRESMONTANT C., Ciencias del universo y problemas metafísicos, Herder, 81 ss. [↑](#footnote-ref-6)
6. Cf. *Gn*1, 26-28; JUAN PABLO II, Mensaje para la Jornada de la Paz 1999,2; Catecismo de la Iglesia Catolica, 357 [↑](#footnote-ref-7)
7. BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 2007,10 [↑](#footnote-ref-8)
8. Idem, 11 [↑](#footnote-ref-9)
9. BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 2013, 1 [↑](#footnote-ref-10)
10. Idem, 3 [↑](#footnote-ref-11)
11. PABLO VI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1977 [↑](#footnote-ref-12)
12. BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 2007,5 [↑](#footnote-ref-13)
13. Idem, 7 [↑](#footnote-ref-14)
14. Cfr BENEDICTO XVI, Caritas in Veritate, 28 [↑](#footnote-ref-15)
15. Cfr JUAN PABLO II, Evangelium Vitae, 21-22 [↑](#footnote-ref-16)
16. Cfr PT 9-10; GS 22 [↑](#footnote-ref-17)
17. Cfr GS 29,63 [↑](#footnote-ref-18)
18. Cfr CA 33, PP 63 PT 31, GS 32 [↑](#footnote-ref-19)
19. Cfr GS 26 PP 60 [↑](#footnote-ref-20)
20. Cfr SRS 38 [↑](#footnote-ref-21)
21. Cfr BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 2013,4 [↑](#footnote-ref-22)
22. PABLO VI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1977 [↑](#footnote-ref-23)
23. Cfr BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 2012,2 [↑](#footnote-ref-24)
24. Cfr JUAN PABLO II, Evangelium Vitae, 96 [↑](#footnote-ref-25)
25. Cfr JUAN PABLO II, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1999,4; BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de Paz, 2012,2; Mensaje para la Jornada de la Paz, 2013,6 [↑](#footnote-ref-26)
26. Cfr BENEDICTO XVI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 2013,7 [↑](#footnote-ref-27)
27. Cfr PABLO VI, Mensaje para la Jornada de la Paz, 1977. [↑](#footnote-ref-28)